

Pinceladas literarias en San Pedro Mártir.

Juan José Fernández Delgado

Es manifiesto que el magno edificio de “San Pedro Mártir” es un verdadero museo de arte, historia, pintura, escultura y de literatura; de literatura visible y palpable a través de esculturas y leyendas, y también de visitas al recinto de personajes históricos y de escritores y, muy probablemente, también de personajes de ficción. Y digo “también de personajes de ficción” porque se puede pensar que hasta aquí acudió en más de dos ocasiones la madre “del buscón llamado don Pablos”, protagonista de la obra de Quevedo así titulada, si damos por buena la información que de ella aporta por carta en el capítulo VII del libro primero *Alonso Ramplón*, que ejerce de verdugo en Segovia y es, a su vez, cuñado de la mujer y, por ende, tío carnal de Pablos. Este desaprensivo personaje, después de informarle de la apostura y arrogancia y temple con que su padre había afrontado la pena capital en el patíbulo, de la que él mismo fue ejecutor, es decir, ejecutor de la muerte de su propio hermano, le escribe: “De vuestra madre, aunque está viva ahora, casi os puedo decir lo mismo (que os he dicho con respecto a vuestro padre): que está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora”. Para dar por real este supuesto –que la madre de *Pablos* ha estado en San Pedro Mártir-, hay que recordar que la Inquisición no disponía de aforo suficiente en la sede del Tribunal, que no era otra que esa magna iglesia, para dar cobijo a tanto detenido y sospechoso, por lo que el Santo Oficio se veía obligado a alquilar viviendas particulares, nombradas “Casas de Penitencia”, pues penitencia se llamaba a tal sanción, impuesta por alguna infracción religiosa. Y desde estos edificios alquilados, se trasladaba a los presos, recogidos de aquí y de allá por un sujeto llamado Alonso de Magán, los domingos y fiestas de guardar a San Pedro Mártir para que oyeran misa, por lo que resulta razonable pensar que la madre de *Pablos* estuviera alojada en una de esas casas, por ejemplo en la que la Inquisición tenía ya alquilada en el Arrabal en 1615, edificio viejo y malo y casi sin luz, ubicado en ese barrio de mala fama por la proximidad de la mancebía, que hasta allí la había trasladado el eficaz corregidor don Juan Gutiérrez Tello.

Más cierto es, sin embargo, que la literatura llega a San Pedro Mártir a través de la escultura, que se ofrece casi toda por parejas. La mayor parte de estas esculturas procede de otros conventos y templos religiosos que, a consecuencia de la desamortización de Mendizábal, fueron desmantelados y sus objetos de arte más valiosos se integraron en los fondos del Museo de Santa Cruz. Los sepulcros y algunas piezas principales, sin embargo, fueron depositados en San Pedro Mártir, convertido en Panteón Provincial y Museo Arqueológico Provincial. Uno de estos conjuntos, envuelto entre ornatos platerescos, es el sepulcro de los condes de Mérito,

compuesto por don Diego de Mendoza y por Doña Ana de la Cerda, y aquí los refiero, entre otras razones, por proceder del Convento de los Agustinos Calzados, íntimamente relacionado con fray Luis de León, que allí hubo de contemplarlos durante el año académico de 1557-1558, curso en que alcanzó el título de Bachiller en Teología, y cuantas veces pasara por Toledo camino de Granada, donde residían sus padres, y a Belmonte, su ciudad natal, también por asuntos familiares. Y con toda seguridad, debemos dar por cierta la presencia de fray Luis de León en esa sede del Tribunal de la Inquisición a primeros de febrero de 1584, cuando comparece (3 de febrero de ese año) en Toledo requerido por el cardenal Quiroga, el Gran Inquisidor, ante quien “pareció siendo llamado”, y le amonesta “benigna y caritativamente, que de aquí adelante se abstenga de decir ni defender pública ni secretamente las proposiciones que parece haber dicho y defendido”, como se lee en el *Segundo Proceso* (1).

Esta escultura de los condes de Mélito inspirará, además a Valeriano Bécquer para hacer uno de sus cuatro grabados toledanos que, también, serán glosados por Gustavo Adolfo, glosas éstas que significarán los embriones de los respectivos ensayos y de alguna leyenda que dedica, precisamente, a esos cuatro grabados, entre los que se encuentran dos relacionados con la iglesia de San Pedro Mártir – “El Enterramiento de Garcilaso de la Vega y su padre en Toledo” (2) y el “Sepulcro de los condes de Mélito” (3)-, que ahora sólo menciono por falta de tiempo. No obstante, apunto que en esta glosa de los condes de Mélito Bécquer expresa su desacuerdo con la desigualdad social tan abultada y una honda compasión por los niños que ve en ese viejo hospicio, pues es sabido que San Pedro Mártir albergó, desde mediados del siglo XIX, las instituciones provinciales de Beneficencia (maternidad, la inclusa y el asilo de mendicidad), parte de las cuales estaban en el Hospital de Santa Cruz. Pues bien, ante la inmensa riqueza y signos de ostentación que ve en San Pedro Mártir, por una parte y por otra, niños desvalidos y gente de mendicidad, escribe: “Cuando se penetra bajo sus bóvedas y se descubren por un lado el pendón que llevaba en los combates el famoso Cardenal Mendoza, también traído aquí de otro templo, las mutiladas urnas sepulcrales de los próceres toledanos, y las lápidas que hablan de su poder y sus títulos, mientras por otro se ven arrodilladas acá y allá las infelices criaturas que viven de la caridad oficial, no puede menos de pensarse en un extraño destino de aquel inmenso edificio que una vez abandonado por sus fundadores, ha venido a ser un doble asilo de las glorias del pasado y de la miseria presente”.

La escultura nos aporta también los sepulcros de don Pedro López de Ayala, alcalde mayor de Toledo y fundador del mayorazgo de Fuensalida, y el de su esposa, doña Elvira de Castañeda, en actitud orante y dando vista al altar mayor, inspiradores de la leyenda “El Beso” (4), también de Gustavo Adolfo Bécquer, publicada en 1863. Doña Elvira debía ser hermosa, en verdad, según la descripción que de ella hace el capitán de dragones en la leyenda, enamorado que de doña Elvira estaba, pues así la describe:

“...su rostro ovalado, en donde se veía impreso el sello de una leve y espiritual demacración; sus armoniosas facciones, llenas de una suave y melancólica dulzura; su intensa palidez, las purísimas líneas de su contorno esbelto, su ademán reposado y noble, su traje blanco y flotante, me traían a la memoria esas mujeres que yo soñaba cuando casi era un niño... por un milagro de la escultura, parece que no la han enterrado en su sepulcro, sino que aún permanece en cuerpo y alma de hinojos sobre la losa que la cubre... sumergida en un éxtasis de místico amor”.

Añado que este don Pedro López de Ayala es hijo de Pero López de Ayala, cronista que fue de cuatro reyes y preso en la de Aljubarrota luchando contra los portugueses. Allí, dicen, que, aunque en la prisión de Óvidos, donde estuvo retenido, era tratado con toda clase de consideración, se lamentaba porque “aunque la cárcel sea de oro, no deja de ser prisión”, máxima recogida mucho después por un *corrido* mejicano. Le traigo a colación, no obstante, por ser el autor de *Rimado de palacio*, poema didáctico-moral de unos 8200 versos puestos en boca de un yo protagonista que hace confesión pública de sus pecados, pero, en realidad, viene a ser la confesión de todo el siglo XIV, siglo del Cisma de Occidente, y de la “peste negra”, y de la corrupción de costumbres. Por tanto, no está exento de ironía ni de acerba crítica, ni de cierto humor, pues se rebela el poema como una diatriba contra los vicios de la época, del siglo XIV, en general.

Bécquer, además, escribe y publica otras composiciones relacionadas con San Pedro Mártir. Así, morando en la casa de calle de San Ildefonso con su hermano Valeriano, apuntalada como hoy la vemos por ese inhiesto laurel que nos convoca y conmueve, reescribe el *Libro de los gorriones*, que en su edición de 1871 en dos volúmenes, ya muerto el poeta, incluye “La mujer de piedra”, fragmento que habría de pertenecer a otro mayor, y la Rima LXXVI, inspirados ambos textos, claro, por la bella estampa marmórea de doña María de Horozco, conocida como *La Malograda* “y que” por haber muerto a la edad de 21 años, lo que no es cierto. Sí, que es madre de doña Elvira de Castañeda, y también suegra de don Íñigo López de Mendoza, el Marqués de Santillana, y abuela del cardenal Mendoza. La rima LXXVI empieza con estos versos: “En la imponente nave/ del templo bizantino”, y concluye de esta manera:

“De aquella bella y muda
mujer, me acuerdo y digo:
-¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!”.

Por tanto, la logradísima estatua de Doña María de Horozco inspiró al poeta romántico sevillano una leyenda, una rima y una glosa, a partir del grabado de su hermano Valeriano. “La mujer de piedra”, claro está, se inspira en el mismo tema. Aún encuentra Gustavo Adolfo Bécquer una inspiración más en San Pedro Mártir, en esta ocasión en su fachada, que le lleva a escribir un ensayo titulado “Una calle de Toledo” (5), que publicó también en *La Ilustración de*

Madrid.

Y relacionado con el túmulo de Garcilaso, ahí presente en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, se encuentra el escritor navarro-toledano Félix Urabayen, pues el segundo texto literario que publica lo dedica a glosar este sepulcro de San Pedro Mártir. Se titula “Ante la tumba del poeta”, y apareció en la revista *Castilla* (6) ilustrado con una fotografía de la estatua del poeta hecha por Pablo Rodríguez.

Aún la espléndida escultura de Garcilaso en actitud orante guarda otra cita literaria, aunque quede la duda al no saber averiguar cuál es la figura que le representa y cuál a su padre. Sea lo que fuere, el caso es que en San Pedro Mártir se encuentran los restos del caballero-poeta toledano desde el 17 de agosto de 1900, fecha en que son traídos hasta aquí en ceremonia solemne por segunda vez; desde entonces, en el ancho silencio del recinto se oyen sus versos, y dicen:

“Vosotros, los del Tajo, en su ribera,
cantaréis la mi muerte cada día.
Este descanso llevaré aunque muera
que cada día cantaréis mi muerte.
Vosotros los del Tajo, en su ribera”.

Santa Teresa, cuando le llegó la noticia en diciembre de 1561 en el convento de San José de Ávila de que una señora muy principal de Toledo solicitaba su presencia en esta ciudad, pues había oído cosas notables y maravillosas de una monjita abulense, sintió un doble desagrado: porque le desbarataba sus planes de recogimiento y oración planificados para esas Navidades y por suponer a esa dama toledana hartamente equivocada al considerar que en ella había algo de extraordinario. Y como esa solicitud de venir a Toledo se convirtió en mandato, ese doble desagrado le acompañó hasta recordar que en Toledo los jesuitas tenían Casa, pues ella era muy amiga de esa Orden, como refiere en el libro de su *Vida*; y al saber que la casa de los dominicos se hallaba muy cerca de la mansión en que iba a residir en Toledo, que no era sino la muy histórica y muy descuidada “Casa de Mesa”, la casa-palacio de Doña Luisa de la Cerda. Por tanto, debida a esta proximidad, dice Santa Teresa que venía casi todos los días al Convento de San Pedro Mártir, donde tenía buenos amigos y a su confesor, el P. Ibáñez, al que llamaba con frecuencia “santo varón dominico”. Y es de suponer que, durante los quince días en que se prolongó la estancia de San Pedro Mártir en la Casa de Mesa, el santo extremeño le acompañara también en estas visitas. En el libro de su *Vida* y en el de *Las Fundaciones* da la santa detallada cuenta de sus visitas y encuentros con varios padres dominicos, que, naturalmente, debían de ser en este histórico recinto. Y es más que probable que la familia paterna de Santa Teresa, encabezada por su abuelo, Juan Sánchez, acompañado por sus hijos, entre los que iba Alonso, el padre de la santa abulense, nutriera la procesión de reconciliados

portando el “sambenitillo con las cruces”, que durante siete viernes hubo de recorrer las iglesias de Toledo, por lo que se justifica pensar que procesionaran por San Pedro Mártir, bien como punto de partida, bien de llegada.

También San Juan de la Cruz está presente entre la literatura relacionada con San Pedro Mártir, una vez que el Convento de los Carmelitas Calzados, el mejor y más suntuoso de la Orden en la segunda mitad del siglo XVI, fue su prisión durante nueve meses, como sabemos. Y sabemos también que el magno convento fue ocupado y saqueado por los franceses cuando la de la Independencia y, luego, desamortizado en 1836, de modo que sus piezas de más valor artístico se trasladaron a San Pedro Mártir, piezas que contemplaría en más de dos ocasiones el santo místico... Añado, por último, que aquí se alojó el P. Las Casas mientras discutía con el Consejo Real asuntos sobre los indios, y que aquí murió y fue enterrado el 30 de septiembre de 1560 Melchor Cano, el famoso pensador que negaba que las mujeres pudieran tener alma.

Y para terminar, hago constar que desde hace veinte años la Asociación “Amigos de Garcilaso” rinde cada otoño un pequeño y sentido homenaje al poeta-soldado dejando un ramo de claveles y otras flores en la gallarda estatua que le representa en la plaza de San Román, acto al que se ha unido y hace suyo el Ateneo Científico y Literario de Toledo y su Provincia durante los últimos seis años, que son los de su existencia. Después, por la amabilidad de quien corresponda, pasamos a la iglesia, buscamos la capilla de Nuestra Señora del Rosario y ahí, a veces acompañados de música, leemos sonetos o estrofas de sus conocidas églogas.

NOTAS:

1. Citado por GONZÁLEZ VELASCO, M: “Cronología de fray Luis de León”, pág. 282, en *La Ciudad de Dios. Revista Agustiniiana. Número-Homenaje IV centenario. Fray Luis de León 1591-1991*, págs. 323-407. Real Monasterio del Escorial. Salamanca, 1991.
2. Este artículo apareció ilustrado con un dibujo de Valeriano en *La Ilustración de Madrid. Revista de política, ciencias, arte y literatura*, núm. 4, 27 de febrero, 1870.
3. “El sepulcro de los condes de Mérito”, en *La Ilustración de Madrid*, núm. 5, 15 de marzo, 1970.
4. La leyenda de “El Beso” es la última de las leyendas toledanas. Apareció por primera vez en la revista *América*, de Madrid, el 27 de julio de 1863. Otras leyendas de Bécquer publicadas ese año en *La América*: “El Gnomo (Leyenda aragonesa), 12 de enero; La promesa (Leyenda castellana), 12 de febrero y “La Corza Blanca”, 27 junio, 1863. Para más detalles véase *Bécquer y Toledo*, de Vidal Benito Revuelta. Toledo. Diputación de Toledo. I.P.I.E.T. Madrid. C.S.I.C., 1971.
5. BÉCQUER, Gustavo A.: “Una calle de Toledo” en *La Ilustración de Madrid*, núm. 3, 15 de febrero de 1870.
6. URABAYEN, Félix: “Elogio de la ciudad de Toledo”, en *El Centinela. Periódico Independiente*, núm. 17, 18 de abril, 1918. Artículo reproducido de *El Liberal*. Este es el primer artículo conocido de los publicados por Félix Urabayen, y el primero también de los dedicados a Toledo, aunque es muy probable que, residiendo el escritor en Toledo desde finales de 1911, aparezcan otros artículos suyos en revistas y periódicos de esos años no catalogados todavía. El segundo de los conocidos es “Ante la tumba del poeta”, publicado en la revista *Castilla*, núm. 5, correspondiente al 25 de mayo de 1918.